

# EXPECTACIÓN

enorme existe por la  
salida de la mejor  
revista de cine

## CRI-CRI CINEMATOGRAFICO

Bellos apuntes cinematográficos;  
humorismo por reputados artis-  
tas; sugestivo folletín; sorpren-  
dentes fotografías.

Saldrá todos los sábados

PRECIO 50 CTS.

# La Novela Semanal Cinematográfica

N.º 25

50 cts.



**ROBIN  
DE LOS  
BOSQUES**

por  
**Douglas Fairbanks**  
**Filmoteca**  
de Catalunya



**LA NOVELA SEMANAL  
CINEMATOGRAFICA**

---

Redacción } Gran Via Layetana, 17  
Administración } Teléfono 4423-A  
BARCELONA

AÑO II

N.º XXV

---

---

**Robin de los bosques**  
**(Robin Hood)**

---

Leyenda popular según el argumento de  
**Elton Thomas**

---

Puesta en escena por  
Lotta Woods y Wilfred Buckland

---

PRINCIPALES INTÉRPRETES:

Ricardo Corazón de León . . . . .	Wallace Beery
El Príncipe Juan . . . . .	Samde Grasse
Lady Marian Fitzwalter . . . . .	Enid Bennett
Sir Guy de Gisbourne . . . . .	Paul Dickey
El Gran Sheriff de Nottingham . . . . .	William Lowery
El bufón del Rey . . . . .	Roy Coulson
La camarera de Lady Marian . . . . .	Billie Bennett
El hermano Tuck . . . . .	Willard Louis



Will Scarlett . . . . . Maine Geary  
 Alan-a- Dale . . . . . Lloyd Talman

El Conde de Huntingdon, después

· ROBIN DE LOS BOSQUES *DOUGLAS FAIRBANKS*

CONCESIONARIOS: ARTISTAS ASOCIADOS

Rambla de Cataluña, 62. :: BARCELONA.

¡Qué poco tiempo se necesita para cambiar todas las cosas! Naturaleza de frente serena, ¡cómo olvidas!... ¡Y cómo rompes en tus metamorfosis los hilos misteriosos con que nuestros corazones están ligados!

Esos castillos feudales evocando leyendas imperecederas, roídos por los siglos, renacen sin embargo al conjuro mágico del canto de los poetas.

Las crónicas de la Inglaterra en la Edad Media, en el siglo de la Fé, nos hablan de reales cruzadas y de señores belicosos.

Sus trovadores cantan la belleza de las mujeres, las virtudes de los buenos monjes y las hazañas de los bandidos caballerescos que habitaban en los bosques.

La Historia, en su forma ideal, es un conjunto de crónicas y leyendas. Y con este espíritu es como se presenta la historia de ROBIN DE LOS BOSQUES, en el tiempo de la Inglaterra medioeval.

\*\*\*

Ricardo I *Corazón de León*, rey inmortal de la historia de Inglaterra, hombre intrépido, bravo y generoso, había hecho engalanar su Castillo y su ejército con motivo del torneo que había organizado. La flor de la nobleza concurría á esta liza de solemnidad y elegancia, porque, al día siguiente, los caballeros debían partir para Tierra Santa.

Sentado en su trono, aguardaba el noble Rey la apertura de la fiesta, complaciéndose íntimamente en adivinar quién sería el vencedor.

A la izquierda del Rey se hallaba sentado el príncipe Juan, su hermano, hombre cínico, cruel, falto de todo escrúpulo y vehementemente ambicioso del trono.

Enemigo de su hermano el Rey, el príncipe Juan, que contaba con fieles servidores que servían su causa, también pensaba para sí que la victoria la ganaría un feroz afiliado suyo.

Para el Rey Ricardo, la brutalidad era intolerable, pues no quería hombres valientes salvajes sino guerreros humanitarios. En cambio, el príncipe Juan necesitaba gente tan desalmada como él, y todo se resumía para él á "*Vencer sin piedad*".

Para presidir la fiesta se eligió á la más linda señora de la nobleza. Su reinado duraba un día. Era la reina de la Belleza y de los Amores. La



favorecida con tal distinción fué Lady Marian Fitzwalter, cuyas blancas manos coronarían la glorioso vencedor del torneo.

Sobresaliendo de los demás combatientes, Sir Guy de Gisbourne, amigo íntimo y protegido del príncipe Juan, (á quien éste atribuía en su opinión el triunfo) era uno de los aspirantes á ser proclamado campeón del torneo. Pero á pesar de la creencia en su superioridad sobre los caballeros adversarios, Gisbourne estaba inquieto y convencido de que el único que había de temer era el Conde de Huntingdon, favorito del Rey Ricardo. Sin embargo, tomaría todas las medidas necesarias para demostrar al Conde su indiscutible maestría.

Lady Marian, rodeada de las damas de la Corte, que se habían convertido aquel día en sus nobles doncellas, estaba emocionada y satisfecha de verse tan hermosa con la valiosa vestidura que engalanaba suavemente su delicado cuerpo de bibelot animado. Con su carácter franco y jovial, Lady Marian se había granjeado la simpatía de las demás cortesanas. Estas la distinguían de tal forma que, ofreciéndose gustosas como doncellas en aquella ocasión tan excepcional, hicieron del rostro de Lady Marian una figurita de cera con lijero sonrosado en las mejillas, de su cabeza un precioso marco de oro que realizaba aún más la divina cara y de su cuerpo una fuen-

te de perfume de amor.

La admiración que produjo Lady Marian fué general. ¡Era imposible que hubiera otra mujer igual en Inglaterra; en el mundo!

Sir Guy Gisbourne, enamorado de la frágil muñequita viviente, no pudo contenerse cuando, al salir de su aposento, la vió sola, y, presentándosele con astuta humildad, la dijo:

—Yo ambiciono vencer, señora mía, para rendir á vuestros pies mi triunfo y mi amor.

Como se lo figuraba Gisbourne, Lady Marian no le hizo caso, pero ello no significaba nada importante para él, porque estaba persuadido de que lograría vencer, con igual maestría que á sus adversarios en los torneos, el corazón de la adorable mujer.

El proverbio «Dime con quién andas y te diré quién eres» podía aplicarse justamente á los escuderos de Sir Guy Gisbourne y del Conde de Huntingdon. El de aquél, truhán como su amo, era de mala ralea y capaz de todo si recibía la orden correspondiente de hacerlo. El del Conde, por el contrario, era el fiel reflejo de su bravura y nobleza y, además, profesaba el cariño más grande que jamás sintiera en su vida.

El torneo iba á empezar, y pronto medirían sus fuerzas Gisbourne y el Conde.

Se esperaba con gran expectación este encuentro.



Por superchería, para evitar ser desmontado, Gisbourne se ató á la cabalgadura.

Los combatientes se hallaban ya sobre la pista de la lucha.

Los preparativos que hacían avivaron todavía más la impaciencia del Rey, quien, obligado á comunicar sus impresiones á alguien, lo hizo con su hermano, y recreándose en la idea de que, conocedor como era de su predilección por el caballero Gisbourne, le disgustaría la poca confianza que tenía en su éxito, le propuso:

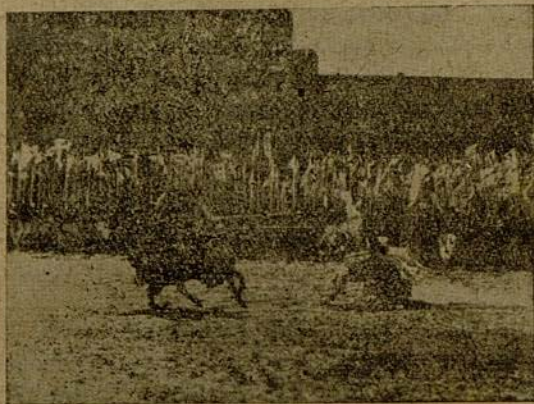
—Hermano mío, apuesto este medallón de brillantes contra tu halcón que el Conde ganará la gloria de esta jornada.

El Príncipe Juan, en efecto, contrajo su rostro en señal de enojo, y tras breve reflexión aceptó la apuesta, no atendiendo los consejos de prudencia, pues en caso de perderla había de separarse de su animal favorito, un halcón amaestrado, símbolo de destrucción.

Entre los plebeyos que asistían al torneo también se cruzaron apuestas, en su mayoría á favor del Conde.

Prevía inspección de los jueces de campo del armamento de los adversarios, durante la cual el escudero de Sir Gisbourne evitó con su cuerpo la posibilidad de que le vieran á su amo las ligaduras que lo aseguraban sobre el caballo, empezaron los asaltos. Al primero de éstos los

dos caballeros rompieron sus lanzas. El Rey opinaba, en voz alta, para que su hermano le oyerá, que esta circunstancia era un buen augurio para Hurtingdon. En los plebeyos, como si participaran de la opinión del Rey, aumentó también el entusiasmo por el Conde y se doblaron las apuestas.



*...empezaron los asaltos...*

Al tercer asalto, Gisbourne, sin que le valieran subterfugios de ninguna clase, fué derribado con energía incomparable que levantó á los asistentes en masa en atronadores vitores.

El Rey, riéndose ruidosamente, sin reparar en la estética de su boca ni de su nariz, que se di-



lataba á cada nueva acometida del alegre fenómeno, dió con la mirada el pésame á su hermano, quien, frustrado en sus esperanzas, y obligado á separarse de su halcón, que entregó á un servidor del Rey Ricardo, desapareció de allí. Había quedado en ridículo y su sed de venganza le abrasaba más que unca. ¡Ah, qué caras se las pagarían todas juntas!

El Rey, á quien no le importaban más prejuicios que los que le parecía bien tener en cuenta, se levantó del trono, tendió sus brazos al bravo vencedor, llamándole por su nombre. Huntingdon no le oyó, tan distraído estaba agradeciendo en general la demostración de simpatía que le hacían los espectadores imparciales. Su escudero tuvo, pues, que avisarle:

—Señor, no os distraigáis: el Rey aguarda.

Prestamente el Conde llegó á presencia del Rey, iba á arrodillarse, pero éste se lo impidió para estrecharlo en sus brazos. Al primer momento, Huntingdon creía ver visiones y se serenó luego al comprobar que el Rey era el mismo Rey... y que sus brazos estaban bajo la presión de los suyos. Además, he aquí la declaración que el Rey hizo á sus súbditos:

—Es á Huntingdon á quien cabe el honor de esta interesante jornada. Yo declaro solemnemente que él será mi ayudante en la Santa Cruzada.

El Príncipe Juan y Sir Gisbourne, que se lamentaban juntos de la derrota sufrida, quedaron perplejos al oír el nombramiento que el Rey hacía á Huntingdon. Esta fué una nueva decepción para el Príncipe Juan que confiaba para el buen éxito de sus planes que su secuaz, Sir Gisbourne, sería elegido ayudante de su hermano en Tierra Santa.

El Rey, prosiguió sus plácemes á su favorito:

—¡Ve hacia nuestra Reina de la Belleza! ¡Ella te coronará con los laureles de la victoria!

Huntingdon se puso de todos los colores; hizo un esfuerzo, como si se engulliera algo que lo atragantaba, y contestó:

—En verdad os digo, Señor, que las mujeres me causan un miedo extraordinario.

Pero no tuvo más remedio que ir á que le adornaran con laureles la frente. Y el significativo momento de la coronación fué para todos, sin excepción, el simbolo de la fuerza dominada y rendida por la belleza. Para el Conde, tímido hasta la exageración, aquello fué motivo de que se azorara más que nunca, sin que las miradas que para infundirle coraje le dirigía el Rey, á quien Huntingdon imploraba que no lo abandonase en tan difícil trance, sirvieran de mucho. Por su parte, la «Reina» Lady Marian puso en la operación que le había sido encargada, una delicadeza extraordinaria y algo más que no des-





...el significativo momento de la coronación...

perataba aquella fecha.

El triunfo del Conde lo convirtió súbitamente en ideal amoroso de todas las jóvenes cortesanas que deseaban casarse.

Por más que hizo no pudo huir: estaba en cerco. Una vez que hubiera podido escapar, el mismo Rey lo arrojó de nuevo al asedio femenino. El único medio de fuga que halló fué el río, y á él se arrojó, nadando á cierta profundidad para reaparecer en cualquier sitio donde lo pusiese á salvo la vegetación. Cuando opinó que ya estaba fuera de peligro, salió á flote y ¡Cielos, todavía vió á otra mujer! Era una lavandera. De nuevo se zambulleó, para navegar hacia otras costas sin faldas.

\* \* \*

Al alba. En la gran sala del Castillo el festín que siguió al torneo se prolongaba todavía.

La hora de la partida andaba cerca ya y la realidad se imponía á todo.

Los corazones valientes ocultaban bajo su sonrisa la tristeza de los adioses.

Los caballeros repetían á sus bellas el eterno juramento de amor....

Y la dulce mirada de las damas reanimaba el valor de los bravos Cruzados.

A distancia, el Príncipe Juan y su protegido Gisbourne, ebrios de vino, de deseo y de ambición, se entregaban á los más viles pensamientos.



En esto vino á pasar por allí un criado con la copa del Rey. El Príncipe le hizo detener con un gesto y fué á quitarle la copa. Como el criado se resistiera á entregársela, el Príncipe, severo, le dijo:

—¡Majadero! ¿No sabes tú que lo que hoy es del Rey mañana me pertenecerá á mí?

De no impedirselo Gisbourne recordándole que era conveniente obrar con prudencia y cautela y evitar incidentes comprometedores, el Príncipe habría encendido la cólera de su hermano, cosa que interesaba evitar sobre todo en vísperas de su partida hacia tierras lejanas.

El Rey, que había encontrado en Huntingdon el secretario ideal, preguntó por él á uno de sus servidores:

—¿Dónde está Huntingdon?

—En aquella mesa, Señor. Está demostrando su serenidad y su fuerza en el juego de la copa desafiando el obstáculo del puñal.

En efecto, el Conde batía uno tras otro, en varios juegos de fuerza, á sus compañeros de armas.

*Corazón de León* se rió de lo lindo. ¡Qué bravo era ese Conde!

Lo mandó llamar en el preciso instante en que salió vencedor de la jugada que consistía en lo siguiente: dos hombres se colocaban frente por frente, sentados, con una copa llena, de dos

asas, de las cuales cada jugador cogía una con la mano diestra, tiraban hacia sí hasta conseguir, venciendo al contrincante, colocarse en los labios la copa y apurar su contenido, venciendo además el peligro de un cuchillo de fina hoja puesto á unos centímetros de su frente para evitar que pudieran hacer cualquier movimiento con el cuerpo y pusieran únicamente en juego la fuerza de sus brazos.

Abandonando la mesa, el Rey le habló en esta forma:

—Tu sitio no es este. Tu sitio está más bien al lado de una dama....

Cada vez que podía hacerlo, el bufón del Rey se sentaba en la silla de su señor é imitaba con vanidad digna de mejor suerte las costumbres del soberano.

Huntingdon contestaba al Rey con evasivas. Entonces éste le ordenó:

—¡Es preciso que elijas la mujer que has de tomar por esposa!

—No considero muy urgente elegir esposa... Señor—replicóle.—Permitidme aplazar tarea tan difícil hasta mi regreso de Tierra Santa.

—No te valen excusas, noble y tímido caballero. Antes de partir has de dejar resuelto este asunto.

Huntingdon temblaba desde la cabeza hasta los pies. El Rey hizo prevenir á todas las damas



que el Conde Huntingdon iba á tomar por esposa á la mujer que más le gustara, y cuando las tuvo reunidas frente al marido disponible, hizo que ataran al Conde á un poste, con los chales de las damas, y pronunció estas palabras:

—¡Ofrezco un castillo y posesiones de tierras á aquella que consiga enternecer su indiferente corazón!

Sucesivamente desfilaron todas las aspirantes á ser la compañera del valiente caballero, pero ninguna le interesaba ni poco ni mucho, é incluso llegaba á divertirse con ellas.

Desde su mesa, el Príncipe Juan y Gisbourne presenciaban con ojos de envidia esta escena. Para demostrar su poder á Gisbourne, el Príncipe le prometió:

—¡Tú también, amigo Gisbourne, serás dueño de la mujer más hermosa de la corte!

—¡Oh, mi Príncipe!... Hay una...

—No me digas nada, Gisbourne. Adivino hacia cual se inclinan tus deseos. ¿Lady Marian?

—¡Ella, sí, mi Príncipe!

Precisamente en aquel momento, atraída por los rumores de diversión en que tomaba parte el Rey, Lady Marian acudía hacia el lugar de donde procedían éstos, y el príncipe Juan la hizo detenerse al pasar frente á su mesa, la dijo en una palabra que era su voluntad que se casara con su fiel Gisbourne, y, como se le resis-

tiera á obedecerle, la condujo brutalmente á los brazos de éste, diciéndole:

—No te detengas ante nada, Gisbourne. Siendo mi voluntad que Lady Marian sea tuya, es inútil que ella se oponga.

Para la bella cortesana era execrable aquella conducta, y no pudiendo tolerarla de ningún mo-



*...desfilaron todas las aspirantes...*

do y ante ningún temor, logró escapar de los dos esbirros, huyendo hacia un torreón. Gisbourne consultó con el Príncipe la fuga de Lady Marian y éste, en su embriaguez, no vió más que su amor propio zaherido y, para vengarse, obligando entonces más tenazmente que nunca á la da-



ma rebelde á casarse con su protegido, la persiguió, profiriéndola amenazas.

Huntingdon había contemplado con indignación el proceder del Príncipe. De sangre heroica y honrada, el Conde se deshizo de las sedas de las amables damitas y fué tras el Príncipe. Gisbourne vió esto y quiso acudir en defensa de su señor... pero el escudero de Huntingdon, siempre al acecho, le cerró el paso sentándose en la escalera. Para evitar el escándalo, y probablemente los puños del escudero, Gisbourne se quedó en tierra.

En el torreón, el Príncipe, con grosería, echaba en cara á Lady Marian la falta en que incurría por su desobediencia con el propósito de obligarla á obedecerle, intentando apelar á la violencia, cuando Huntingdon, apareciendo entonces, se puso de por medio.

—No olvidéis que yo soy el Príncipe, caballero—le advirtió el hermano del Rey, crispando los puños.

—No lo olvido, señor... ¡Es el Príncipe quien olvida en estos momentos la dignidad de su elevado rango!

La contestación era aplastante, á pesar del vino que tuviera de más el Príncipe. Como consecuencia de la misma, éste se alejó de allí *por su propia voluntad*, ó, mejor dicho, *porque le daba la príncipezca gana*, dirigiendo ciertas miradas

provocativas á quien se había atrevido á inmiscuirse en sus asuntos. Antes de marcharse, el Príncipe dejó caer en tierra su pañuelo para que Huntingdon, por consideración siquiera, se lo recogiera. Este así lo hizo y contento estuvo de haberle humillado el Príncipe... pero mayor fué su enojo cuando, en vez de entregarle Huntingdon el cendal, lo volvió á dejar caer al suelo.

Lady Marian, por segunda vez, se hallaba junto al Conde y por cierto que ello no le causaba ningún pesar....

Galante, Huntingdon la dijo:

—Deploro, Lady Marian, que el hermano de nuestro noble Rey se envilezca así, atropellando á egregias cortesanas.

—Y yo lamento, Huntingdon, que por mi culpa incurráis tal vez en el enojo de un hombre cruel y temible en sus rencores.

—Elementales deberes de caballero me obligan á actuar así y no me arrepiento de ello.

El Príncipe, entretanto, de vuelta al salón del Castillo, vió á Gisbourne y al escudero de Huntingdon al pie de la escalera, comprendió lo que había ocurrido, y notificó al segundo:

—¡Escucha, tú, mentecato! Es á veces de sumo peligro mezclarse en cuestiones de tal naturaleza.

El fiel escudero palideció. ¡Era una amenaza contra sí mismo y contra su amo! Viviría preve-



nido para los dos.

Aunque pesare á sus radicales teorías de retraimiento, Huntingdon quedó prendido en las redes de encantadoras sugerencias de Lady Marian. Y hubo de decírla, porque su admiración no cabía ya en su pecho:

—¡Vuestra belleza... vuestros hechizos me han deslumbrado!

Ella se ruborizó...

El insistió con dulzura mayor... improvisó frases de amor... y las horas serenas de la madrugada bautizaron con las gotas del rocío al amor naciente...

La nueva aurora.

¡Ah, qué pronto llegó para Huntingdon como para los demás expedicionarios la hora de la salida!

El Obispo, con augusto gesto de abrasadora fé, bendijo á los guerreros: los caballeros pronunciaron una solemne promesa henchida de amor patrio.

Mientras, sobre una de las torres, tenía lugar una escena de exquisita pureza: Lady Marian, cuyo verdadero amor por el Conde Huntingdon, el cual había alimentado en silencio durante mucho tiempo, daba la habilidad necesaria á sus brazos, dibujaba en un claro de la pared donde trepaba la yedra secular, el perfil de su amado. Este, en recompensa, colocó en su dedo un ani-

llo de promesa de amor imperecedero, le besó su mano con pasión y, dispuesto á partir, le pidió de hinojos su bendición. Lady Marian le tomó la espada, la levantó sobre Huntingdon, y dijo:

—¡Que tu brazo, movido por divina inspira-



*...dibujaba en un claro de la pared...*

ción, luche con denuedo hasta alcanzar la victoria!

Hecha esta operación, Lady Marian besó la cruz de la espada, se la devolvió al Conde, que también la besó y se despidieron con el corazón oprimido por una angustia que en el interior de la mujer se deshacía en llanto.



De pronto, se oyó un grito. El Rey, inquieto por la tardanza de su ayudante, le llamaba él mismo, con la fuerza que no era poca de sus reales pulmones.

Huntingdon acudió á la llamada del soberano y le dijo, presentándole á su amada:

—¡Oh, noble Rey! Yo no parto muy satisfecho hacia Tierra Santa. Mi corazón queda aquí, prisionero de una bella cortesana.

—¡El Cielo sea bendito!...—exclamó *Corazón de León*—Así, enamorado, tu espada combatirá mejor.

—¡Dadnos, pues, oh rey, vuestra bendición paternall

—¡Os deseo mucha felicidad, hijos míos, y os bendigo!

Luego, dirigiéndose á su fiel escudero, el Conde le manifestó:

—Te dejo á guardar mi más preciado tesoro. ¡Defiéndelo con igual empeño que si defendieras tu propia vida!

—Marchad tranquilo, señor; yo velaré por su bienestar.

Los expedicionarios estaban dispuestos para la salida. Sir Gisbourne, que también partía, recibía las últimas órdenes del Príncipe Juan, que se quedaba en Inglaterra para gobernarla durante la ausencia de su hermano:

—¡Arréglate de modo que Ricardo no vuelva

jamás de Tierra Santa!

—¿Tampoco Huntingdon?—sentenció Gisbourne.

—¡Tampoco!

El Rey Ricardo *Corazón de León* cedió su puesto para dejar paso al Amor y permitir que Huntingdon pudiera, antes de que saliera la expedición, decir el último adiós á su prometida adorada, que lo estaba aguardando á la puerta del castillo.

Mientras, Gisbourne se despedía del Príncipe Juan, y le recordaba:

—La cabeza de Huntingdon me valdrá la mano de Lady Marian... ¡No lo olvidéis mi Príncipe!

—¡Jamás me retracté!

Así fué como la flor de la noble caballería partió hacia la Cruzada.

Aun resonaba en el Castillo el eco de los pasos de los Cruzados, cuando ya hacíase sentir la perfidia del Príncipe Juan. Como primera providencia había comunicado á sus vasallos lo siguiente:

—Cuando yo sea Rey recompensaré con largueza á todos los que me hayan servido. Ahora, á vuestra obra, y no escatiméis nada para cumplirla.

Las disposiciones del Príncipe Juan fueron cumplidas al pie de la letra y en breve plazo In-



glaterra entera gimió bajo el yugo espantoso de la tiranía.

Por orden del Príncipe, las autoridades de la ciudad de Nottingham, la capital, fueron destituidas y puestas en prisión. Y fué nombrado Gran Sheriff de Nottingham un desalmado, aborrecido del pueblo, que aplicó las leyes de gobernante en su máximo rigor.

Imposibilitados los pobres de pagar el diezmo, fueron despojados de la misera hacienda que poseían. Por haber matado un jabalí en los bosques del Príncipe se ahorcaba al culpable en presencia de su esposa y dos hijitos hambrientos.

Una noche, en el castillo, en el solemne silencio, Lady Marian, acompañada de su camarera, entregó un pliego al escudero de su amado, con esta orden:

—Lleva este mensaje... No descanses un instante antes de habérselo entregado á tu dueño.

El fiel criado partió la misma noche.

Por montes y por valles, olvidando las fatigas y las privaciones que trae consigo la dura jornada, los Cruzados avanzaban hacia Tierra Santa.

La expedición del Rey Ricardo hizo una tregua en su marcha. Huntingdon, que dirigía las tropas, demostraba una enegía admirable que daba ánimo á los débiles que desesperaban de llegar á salvo á destino.

El Rey Ricardo estaba sumamente complacido

del brillante comportamiento de su Ayudante y los elogios que le hacía eran siempre inferiores á los deseos que tenía de demostrarle su satisfacción. "*Es es el alma de la expedición*"—repetía siempre.

En el mismo instante, en el Castillo de Nottingham, los criados del Príncipe iban á rendirle cuenta de las sombrías misiones á ellos confiadas. La más importante era la de haber arrasado completamente el castillo de Huntingdon: era un principio de venganza, á traición, es verdad, pero todos los medios eran buenos.

Volvamos á reunirnos con la expedición. El campamento había sido efectuado con rapidez y, salvo algunos rezagados, la tropa se hallaba á cubierto. Guiado por sus humanitarios sentimientos, Huntingdon llevaba palabras de consuelo á los enfermos.

—Descansa—decía á uno de ellos—Esa fiebre no es sino una molestia pasajera. Antes de que llegue la noche estarás en condiciones de reemprender la marcha.

Y el paciente agradecía con el alma la consolación del noble camarada y jefe.

Gisbourne no podía ver á Huntingdon ni en pintura, como vulgarmente se dice, y procuraba alzar contra él, por medio de calumnias, el desprecio de los que se dejaban prender en sus redes de insidia. Celoso, por lo tanto de la grati-



tud que le demostraban los débiles que descansaban sobre el frío suelo, advirtió á un caballero que tenía á su lado, y era de los suyos:

—El hipócrita procura hacerse querer de los hombres para ganarse los favores del Rey.

El que se tomaba por confidente hizo un gesto de aprobación y tuvo una sonrisa maliciosa.

Pero Huntingdon había oído y era hombre que no se arredraba. Se encaró, de consiguiente, con Gisbourne, y le manifestó:

—Si no fuéramos hermanos de armas... ¡qué poco trabajo me costaría romperte la cabeza!

Gisbourne, cobarde en el fondo tuvo la suerte de que llegara en aquel momento el escudero de Huntingdon, pues éste, al verle, sorprendióse gratamente, olvidóse de Gisbourne y fué á abrazarle:

—¿Quién te manda aquí?

El fiel escudero le tenía también mala ley á Gisbourne y como viera que éste se disponía á escuchar lo que iba á decir á su dueño, cambió una mirada de inteligencia con éste, y desaparecieron ambos en la tienda de campaña del Conde. En ella, el escudero le entregó el mensaje de la amada, que decía:

*“El pueblo sufre y gime. La tiranía y la muerte reinan. Las damas de la Corte no saben cómo ocultar su vergüenza y su dolor. Tal estado de cosas será la pérdida de nuestro país. Angustia-*

*do mi corazón os llama anhelante.*

*Marian“.*

—¡Oh!—exclamó Huntingdon—¡Si el Rey supiera estas noticias volvería inmediatamente á Inglaterra, pero su salida constituiría el fracaso de la Cruzada!

¡Si el noble Rey pudiera contar con un solo amigo leal en Inglaterra!... ¡Oh, ideal! ¡Sí, es lo mejor! Prepara la paloma mensajera que trajiste contigo. He aquí mi contestación:

*“Mi adorada: Intentaré encontrar un pretexto para persuadir al Rey que autorice mi regreso. De ser posible llegaré á Inglaterra poco después de esta misiva.*

*Vuestro siempre,*

*Huntingdon.“*

—Envía este mensaje y prepara nuestra partida. Yo voy á ver al Rey.

Gisbourne y varios de sus secuaces, afiliados á la banda del Príncipe Juan, vieron los preparativos del lanzamiento de la paloma mensajera y, siguiendo las instrucciones de aquél, se dió libertad al mismo tiempo que echó el vuelo la tierna ave, á un halcón que, indudablemente, no la daría tiempo de remontarse á las alturas.

Desde el campamento, con discreción para no despertar las sospechas del escudero de Huntingdon, ajeno por completo á la maquinación de los enemigos de su dueño, Gisbourne y los



suyos seguían el curso de los acontecimientos que se producían en los aires.

Huntingdon, en presencia del Rey, le habló así:

—Por merced, dueño y señor mío, honradme aún con la confianza que hasta aquí os habéis servido tertimoniarme.

—Yo tengo tanta confianza en tí como en mí mismo, y te considero mi amigo más fiel.

—Entonces, señor, dispensadme la gracia de que pueda volver en seguida á Inglaterra, sin revelaros las razones que me fuerzan á partir.

¡Vive Dios, que me sorprende tu petición!

—Vuestro incondicional servidor se permite rogar, no á su rey, sino á su amigo, que le conceda tan señalada prueba de confianza.

—¿Cuál puede ser el objeto de tu viaje? ¿Lady Marian?

Huntingdon enmudeció y el Rey supuso que había dado en el clavo y que era la bella cortesana quien desviaba á su Ayudante del camino del deber.

—Pero, ¿es posible?... ¿Tú abandonar la Guerra Santa por una mujer?—le preguntó, indignado.—¡De ningún modo, Huntingdon! Vuelve á tomar el mando de nuestros Cruzados!

En vista de la negativa del Rey, Huntingdon, sin resignado, declaró:

—Señor, lo que deba hacerse será hecho. Pe-

ro, el temor de que vuestra confianza me abandone me hace sufrir hondamente.

—Ve tranquilo, pero, dime, ¿por qué querías entonces marcharte si no era por Lady Marian?

El halcón y la paloma, entretanto, se debatían en el espacio; hasta que, como era fatal, aquél venció á ésta, cayendo ambos sobre el campamento. Gisbourne pudo, fácilmente, volviendo á capturar el halcón, apoderarse del mensaje de su rival y enterarse de sus propósitos.

Huntingdon contestaba al Rey:

—Permitid que no os ofrezca explicación alguna por ahora, señor. No necesito otra cosa que contar con vuestra absoluta confianza.

Tras otra réplica final, salió Huntingdon de la tienda de campaña del Rey, se puso al habla inmediatamente con su escudero, á quien notificóle:

—No podemos arrancar la autorización del Rey ni demorar nuestro viaje. ¡Desafiando pues todos los peligros, salvemos á Inglaterra!

Apenas hubo puesto un pie en el estribo de su caballo, Huntingdon se llevó una mano á una herida en el costado por donde manaba abundante sangre, la cual habíale sido producida por una flecha lanzada por el mismo Gisbourne, cuyos secuaces, para protegerle en caso de peligro, se hallaban á su lado.

Después de esta hazaña, los hombres de Gis-



bourne y éste mismo se encargaron de detenerle dándole además un fuerte golpe en la cabeza para hacerle perder el conocimiento. Girbourne lo condujo á presencia del Rey, informando á éste:

—¡Es un cobarde, señor, que desertó de su puesto de lucha!

El Rey sufrió una decepción tan insospechada como terrible.

Gisbourne, en lo que á él se refería, había cumplido con su deber de *leal servidor del Rey*, ya que, sin miramiento de ninguna clase había impedido la fuga de un desertor.

Gisbourne, en este caso, tenía la fuerza, puesto que, en efecto, y según había podido saberlo por uno de sus subordinados al acecho, el Rey había denegado su consentimiento á la partida del Conde.

—¿Es posible?—se preguntaba en voz alta el Rey.

Huntingdon, que se retorció de dolor por el suelo, balbuceó:

—Ciertamente, señor.... Yo volvía á Inglaterra....

Gisbourne, aprovechando un descuido del Rey dió una tremenda patada á la cabeza del herido, que se desmayó completamente. De esta manera no podía soltar cualquier indiscreción referente á la situación en Inglaterra, que él,

Gisbourne, se figuraba por sugestión y por la lectura de la respuesta que su rival enviaba á Lady Marian, la cual respuesta había de haber sido escrita á la lectura del mensaje sobre la situación anormal del país que le había enviado su prometida.

Para confirmar al Rey la culpabilidad de su Ayudante, que abandonaba las filas por una mujer, le enseñó el mensaje de respuesta del Conde añadiendo:

—¡Señor, un hombre así merece la muerte!

Era inaudito lo sucedido.

Justo, inflexible, pero bueno, el Rey mandó:

—¡Ante todo que se le cure su herida! Encerradlo después en esa torre, donde, con los mayores cuidados y atenciones, quedará prisionero hasta nuestro regreso de la Cruzada.

Gisbourne no estaba conforme con el fallo del Soberano.

—¿No veis, señor,—dijo—que él merece la muerte?

Malhumorado, el Rey contestó:

—¡Mis órdenes no se discuten!... ¡Obedece!

—Bien, Señor.

Los hombres de Girbourne condujeron á Huntingdon y á su escudero á la torre en cuestión, arrojando á aquél sin piedad en una celda cualquiera, y encerrando al escudero en otra celda.



Por si el Rey tuviera antes de abandonar aquellos lugares deseos de ver á su ayudante para arrancarle quizá el secreto de su conducta, Gisbourne dijo al guarda de aquella torre.

—Nutridlos, alimentadlos hasta nuestra partida... Después... ¡que perezcan, sin piedad ninguna para ellos!

Enterado de la desaparición del escudero del Conde de Huntingdon, el Príncipe Juan, suponiendo que Lady Marian había intervenido en ella, mandó á buscar á su camarera, y con objeto de obligarla á que hablase se la sometió en su presencia á horrenda tortura. La infeliz, cuyas manos eran martirizadas por hierros candentes, no quería hablar y prefería la muerte antes que traicionar á su señora. Sin embargo, el tormento á que estaba sujeta era más terrible que la muerte y no había quién pudiera resistirlo. Finalmente, loca de dolor, la camarera tuvo piedad de sí misma y reveló el secreto por el que tanto había sufrido:

—Fué á llevar un mensaje para el Rey.

Desde un rincón de la inquisitorial estancia, la camarera oyó esta sentencia del cruel Príncipe:

—Lady Marian pagará semejante indiscreción con su vida. Así aprenderá á no decir lo que no debe.

Olvidándose de su propio dolor la camarera

fué á enterar á Lady Marian del suplicio que le había obligado á decir la verdad y de los propósitos criminales del Príncipe. Y la imploró:

—¡Huid... pronto!... ¡Quieren mataros!

Las demás damas protegieron su huída por una puerta secreta que comunicaba con los salones que les estaban reservados.

A poco llegó el Príncipe en el aposento femenino. Las mujeres que en él habían se ocultaron el rostro con sus manos, de vergüenza ante el impío y mal caballero.

El Príncipe y sus hombres buscaron á Lady Marian; no dando con ella en ninguna parte, aquél, con voz imperiosa, exigió:

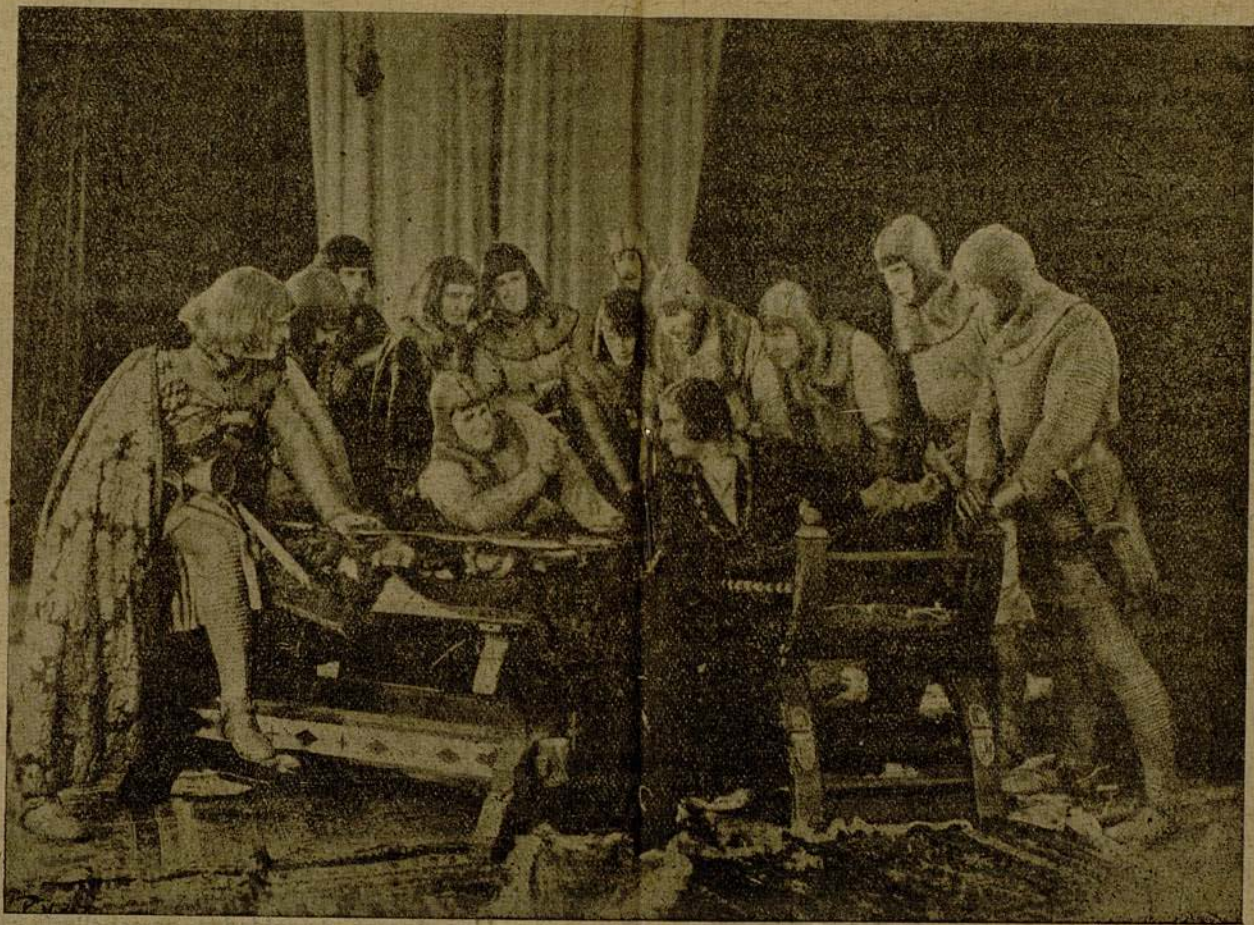
—¡Necesito á Lady Marian Fitzwalter!

Las damas palidieron pero ninguna de ellas hizo el menor gesto de querer hablar para captarse la protección del Príncipe. Súbitamente, uno de los guardias de éste presenció desde la reja de una ventana la fuga á caballo de la requerida y su camarera, y avisó en seguida al Príncipe, el cual, desde la misma ventana, comprobó el hecho.

—¡A su persecución!—gritó á sus hombres—... ¡Traedla aquí!... Quiero poner término á sus imprudentes charlatanerías.

Una docena de soldados de caballería salieron al galope detrás de las fugitivas, poniendo todo su empeño en alcanzarlas para complacer





*En efecto, el Conde batía uno tras otro, en varios juegos de fuerza, á sus compañeros de armas.*



á su señor conduciendo á su presencia á Lady Marian.

Cerca de un barranco, los perseguidores creían haber conseguido sus propósitos de detener á las dos mujeres pero no hubieron de vanagloriarse de tal hazaña porque la camarera de Lady Marian, yendo hacia ellos velozmente levantó sus brazos al cielo y exclamó:

—¡Oh, qué desgracia más horrible, Dios mío!

—¿Qué ocurre?—preguntaron ellos.

—¡Oh, señores! Al vencerse la cabalgadura, mi desgraciada dueña cayó precipitándose al fondo del abismo.

—¡Diablo!—exclamaron los soldados.

El jefe convino en que era imposible acudir en su socorro, las aguas del torrente debían haber arrastrado su cuerpo destrozado por efecto de la caída y quién sabía donde estaba ya.

Este percance con el que no habían contado, obligó á los mercenarios del Príncipe Juan á volver sobre sus pasos sin la presa que buscaban y el Príncipe se consoló de ello al enterarse de que Lady Marian no volvería á ser indiscreta porque estaba muerta. Sin embargo, hubiese preferido presenciar él mismo el lento exterminio de la mujer que amaba á su más odiado enemigo, el Conde Huntingdon, y que se había permitido ocuparse de asuntos que no le incumbían.

La camarera de Lady Marian, cuando se hubo convencido de que los perseguidores se hallaban fuera de alcance, se internó en un bosque cercano al precipicio en el borde del cual se hallaban los caballos que las habían conducido hasta allí, y puso al corriente á su dueña, *que vivía*, del feliz resultado de su ardid.

Libre pues de la persecución del Príncipe Juan, Lady Marian podría esperar tranquilamente el regreso de los Cruzados con los cuales, si sus plegarias eran oídas, volvería su amado.

\*\*\*

Después del plazo señalado para el descanso, los Cruzados reemprendieron la marcha hacia Tierra Santa. Huntingdon y su escudero quedaron en la torre, como convenido, hasta el regreso de la Cruzada.

Huntingdon, que volvió en sí unas horas después de su brutal encarcelamiento dirigido por Gisbourne, y tuvo que curarse él mismo la herida que le hizo éste, sacrificando el agua que le dieron para beber el primer día y el pañal de su camisa con el que hizo un vendaje, asistió á la partida de su Rey, que le creía capaz de una infidelidad, y fué tan vivo el dolor que esta escena y este recuerdo le hicieron que sufrió otro desmayo.

Apenas acababan de desaparecer los últimos Cruzados, cuando el escudero de Huntingdon,



cuya hercúlea fuerza se había centuplicado ante la realidad de la partida de los Cruzados sin su dueño, y desde mucho tiempo al acecho de una oportunidad, logró introducir su brazo entre los barrotes de la reja de la puerta de su celda; apostóse detrás de la misma, esperó la llegada del carcelero, y cuando éste estuvo al alcance de su mano, le asió con ella el cuello rodeándose lo después con el brazo, le atrajo hacia la puerta, y apretándolo furioso contra ésta le amenazó con estrangularlo si no abría la puerta. El carcelero convencido de la inutilidad de sus esfuerzos por desasirse del forzado escudero, y de su viaje al otro mundo si no le obedecía, hizo girar la llave en la cerradura y libertó al preso. Este, previsor y astuto, encerró al carcelero en la misma celda que había abierto y se puso á buscar la en que se hallaba su señor.

¡Ah, cómo lloraba el fiel escudero al volver á oír la voz de su señor! A Huntingdon también se le nublabá la vista ante la nobleza de su criado y si bien no lo hizo visiblemente, algunas lágrimas de agradecimiento rodaron hasta su corazón.

Pasado el primer momento de demostración de mutuo afecto Huntingdon adoptó esta resolución:

—Partamos á Inglaterra á todo escape.... Nosotros tenemos que cumplir allí elevada misión.

Pero en Inglaterra, hombres valientes, fatigados de la ominosa tiranía del príncipe Juan se sublevaron contra él, buscando refugio en el bosque de Sherwood. Cada día eran más numerosos los hombres que clamaban venganza, que se pasaban á las filas de los rebeldes. Los martirizados por orden del Príncipe enseñaban á sus compañeros las huellas de la tortura cuya visión excitaba aún más la cólera de los humildes.

Los rebeldes sólo esperaban un jefe valeroso y capaz de cobijarlos bajo una misma bandera de justicia. Una vez organizada, la banda pondría término á la tiranía del Príncipe, para dejar en las páginas de la Historia recuerdos inmortales.

En este estado de cosas un valeroso y leal amigo del Rey Ricardo volvió á su país natal. Ese mortal que reunía tan nobles cualidades no podía ser otro que Huntingdon. Y él era en efecto.

Enterado, sin darse á conocer, por la gente del pueblo, de la desgracia ocurrida á Lady Marian pocos días antes, Huntingdon, abatido por tan cruenta é inesperada noticia, que le quitaba el sosiego para toda la vida, visitó el lugar donde halló tan triste fin su amada y una mujer que habitaba una cabaña junto al precipicio le dijo:

—Yo os lo aseguro, caballero. Es aquí mismo donde nuestra pobre Lady Marian ha encontra-



do la muerte. El estado de la montura indica cómo sucedió el accidente.

Huntingdon vió en verdad, la marca de las herraduras del caballo á pocos centímetros de la boca del abismo y se imaginó que el caballo, asustado ante el peligro del vacío, se detuvo bruscamente lanzando hacia adelante, con dirección al barranco, naturalmente, á su preciosa carga...

Como todos los curiosos que acudieron al lugar del suceso Huntingdon miró hacia el fondo del abismo pero no vió rastro ninguno de la que fué su primer amor.

Emocionado, con la espada en alto, dijo:

—¡Solemnemente lo prometó ante mi Dios!...  
¡Por la venganza de ella y por la lealtad hacia mi Rey!

Huntingdon comenzó una nueva existencia. Prescindiendo de su rango su vida se resumía en una palabra: ¡Venganza!... ¡Venganza audaz, intrépida, insaciable!

A un tiempo, el Rey Ricardo, victorioso en Palestina, concertaba la paz con los infieles, y Huntingdon, con su escudero, se unía con los rebeldes en el bosque de Sherwood por la defensa de los humildes tiranizados y del trono que peligraba en manos del sanguinario Príncipe.

Pronto supo Huntingdon demostrar á sus

compañeros el don de mando que tenía y fué unánimemente aceptado como jefe. Como quiera que no se le conocía nombre alguno le fué impuesto el de ROBIN DE LOS BOSQUES.

Desde que Robin de los Bosques se puso al frente de los rebeldes, hubo pan y víveres en el bosque pues se organizó un Comité que desig-



*Desde que Robin de los Bosques se puso al frente...*

nó á hombres y mujeres la parte de colaboración que debían de aportar para el bienestar común y el éxito de la causa.

Las hazañas de Robin de los Bosques, del que nadie conocía la verdadera personalidad, tenían



revuelta la ciudad de Nottingham la mayor parte de cuyos habitantes le admiraban en silencio y el resto, en el que estaba comprendido el Sheriff, sólo deseaba poder echarle el guante en cuanto se dejase sorprender.

La admiración, esto es claro como el agua, partía de los humildes puesto que Robin los amparaba, y la hostilidad, de los hacendados, á quienes el misterioso personaje hacía pagar cara, en la más sorprendente impunidad, la brutalidad que empleaban con las gentes que no eran de su rango. Así, por ejemplo, cierta vez á un mercenario del Príncipe le vino en gusto el beberse un huevo fresco de los que un modesto comerciante del pueblo tenía á la venta, y se lo tomó de la cesta sin querer pagárselo. Como que el comerciante protestaba, el soldado le tiró á la cabeza otro huevo y se fué riendo socarronamente. El vendedor optó por callar pues no era prudente discutir con los moradores del castillo.

Desaparecido que fué el mercenario del Príncipe, una flecha vino á clavarse encima de la mesa de venta del comerciante. Asustado al principio éste desboló un papel que iba con la flecha, y no supo discifrar el significado que tenía lo que en él había dibujado. Un fraile, que pasaba por allí cuando clavóse en la mesa del vendedor la flecha anónima, dijo al comerciante:

—Estos tres leones son el blasón del Rey Ricardo. Es el lema de combate de Robin de los Bosques, que dice: Si eres fiel y valiente, ven al bosque de Sherwood. Ricardo es siempre tu Rey.

En otra parte, otra flecha, lanzada oportunamente, obligaba á un rico burgués de Wakefield á esconderse precipitadamente en su casa, en cuya puerta había maltratado á un pobre muchacho...

Fueron tan numerosas y señaladas las incursiones que hizo Robin de los Bosques en la ciudad, que, finalmente, considerándose impotente de darle caza, el Gran Sheriff expuso el caso al Príncipe Juan:

—Es diabólico, audaz, temerario. Parece estar á la vez en todas partes, y yo no puedo hacer nada contra él. Nuestros hombres desertan en masas pasándose á la banda de rebeldes que acaudilla.

El dinero le pareció al Príncipe un medio eficaz para prender á Robin de los Bosques, y redactó un bando, en el que ofrecía un saco de oro y tierras de labranza á quién capturase a Robin de los Bosques.

—¡He aquí cómo nosotros, gastando dinero, tendremos razón!—dijo el Príncipe.

Un incidente imprevisto dejó suspensos á todos los presentes: una flecha de Robin de los



Bosques, harto conocidas del Gran Sheriff, se había clavado en el pupitre del secretario.

Presos de gran pánico, mayormente cuando vieron que un cuerpo se movía detrás de las enredaderas que cubrían una ventana, el Príncipe y los suyos huyeron en todas direcciones para ponerse fuera del alcance de las flechas del osado y prevenir al mismo tiempo á la patrulla de soldados del castillo.

Aprovechando la ocasión que no se le presentaría jamás igual en su vida, Robin, el mismo Huntingdon, que nadie reconoció porque nadie tuvo valor de hacerle frente, sin duda porque se supuso que iba acompañado de algunos hombres para realizar tan osada hazaña, el mismo Robin, decíamos, saltó por la ventana al interior y se apoderó del saco de escudos. Previos varios intentos de acorralamiento por parte de los soldados, todos ellos infructuosos gracias á la agilidad de Robin, que pudo, en un momento que huyendo subió hasta el torreón donde su infortunada prometida Lady Marian le dibujara antes de partir hacia Tierra Santa, contemplar el trabajo de las adoradas manos y dedicarle un recuerdo, deslízose por un alto cortinaje desde una galería del castillo y desde otra ventana que daba al jardín arrojóse sobre una rama saliente de un árbol, ganando el suelo sin dificultad ante la furia de los burlados.



*Robin, decíamos, saltó por la ventana al interior.*



Un soldado del Príncipe, que vió la maniobra de Robin, le persiguió durante breves segundos porque, internados, de entre el follaje del jardín, surgieron los tres amigos de Robin y principales directores del movimiento revolucionario: Will Scarlet, el hermano Tuck y el pequeño Juan (éste era el nombre con que habían bautizado los rebeldes al escudero de Robin). Entre los cuatro atizaron al atrevido mercenario una tunda que le ablandó todos los huesos del cuerpo.

Bailando de gozo por haber conseguido un bolso de escudos que les permitiría socorrer á los necesitados, regresaron al bosque. A la entrada del bosque hallaron á Allan—á—Dale, que venía á ser el corneta de órdenes del jefe supremo Robin, y le hicieron soplar en el cuerno por tres veces, pues eran tres los toques de llamada para congregar á las huestes insurgentes.

Los rebeldes acudieron de todas partes y en el silencio preñado de curiosidad y angustia, Robin les enseñó el saco de oro que representaba el premio de su arrojo y les dijo:

—Para defender á los esclavizados y sostener el trono de nuestro Rey nadie detendrá nuestro brazo vengador.

En Palestina la mano infame de Gisbourne ponía en ejecución los tenebrosos designios del Príncipe. Protegido por las sombras de la no-

che y burlando la vigilancia de los centinelas, Gisbourne entró en la tienda de campaña del Rey Ricardo, empuñó su puñal y con todas las fuerzas de su brazo se lo hundió en el pecho.

—Y ahora... hacia Inglaterra y hacia mi recompensa,—dijo triunfante.

Pero no fué al Rey á quien mató sino á su



*Robin les enseñó el saco de oro.*

bufón. El crimen fué descubierto por el mismo Rey que, ocupado en su despacho situado en la habitación contigua á su dormitorio, oyó ruido de pasos y salió cuando el asesino desapareció á lo lejos.

—¡Ah, pobre bufón!— exclamó *Corazón de*



*León.*— ¡El papel de Rey, qué fatal ha sido para tí!

Por el puñal supo quien había sido el criminal.

No lo olvidaría.

A la mañana siguiente un mensajero llegado de Inglaterra hacía conocer al Rey todas las maquinaciones del Príncipe Juan.

—¡Que el cielo centuple con justiciero castigo las criminales fechorías de Juan!—dijo el Rey.

El enviado prosiguió su relato:

—En el bosque de Sherwood se oculta un proscrito, noble caballero de la Corte en otro tiempo, conocido ahora bajo el nombre de Robin de los Bosques. El dirige los rebeldes.

—¿Un proscrito... un caballero cortesano?—preguntó interesado el Rey.—¡Yo lo conozco seguramente!

De nuevo, el Rey se rió ruidosamente, pensando en Huntingdon, que no podía ser otro el noble que se rebelaba contra la casa real, para defenderla mejor.

La huída de Huntingdon con su escudero del torreón en que por su orden les dejaron encerrados, le fué comunicada al Rey por Gisbourne, quien á su vez tuvo aviso de ella por el carcelero libertado de la celda por otro compañero. No supo más de Huntingdon desde en-

tonces y ahora comprendía por qué insistía tanto en partir hacia Inglaterra sin dar ninguna explicación. ¡Si era ese Huntingdon, no había premio bastante para recompensar su caballeridad!

Dispuesto á regularizar la situación de Inglaterra, mandó el Rey:

—¡Pronto! ¡A caballo! ¡Volvamos á Inglaterra!

Sin pérdida de tiempo se pusieron en camino de Inglaterra el Rey y su escolta.

Entretanto, los mercenarios del Príncipe Juan, sin freno que los detuviera en su desbocada carrera de pillaje, saqueaban la abadía de Santa Catalina.

Las buenas monjas ponían el grito en el cielo, invocando el respeto que debía merecer al Príncipe la Santa Iglesia, pero los ladrones, ladrones fueron.

No lejos de allí, Robin de los Bosques y sus alegres camaradas distribuían víveres entre los aldeanos necesitados. Tres toques de llamada con el cuerno les hicieron prepararse para el ataque, pues aquello era un aviso de que se aproximaba gente armada. En efecto, aparecieron los bribones que habían robado de la abadía todo cuanto tenía valor.

Convenientemente apostados, Robin y sus hombres, sorprendieron á los soldados del Príncipe, dejándolos al que no muerto por tal. Uno



sólo, porque á éste no le vieron, pudo huir.

El hermano Tuck, un monje revolucionario como él sólo y con sus 150 kilos de pellejo nada menos, reconoció los objetos robados como siendo propiedad de la abadía de Santa Catalina y hacia ella se encaminaron. No tardaron en llegar y llamaron á la puerta con la mano; se asustaron las monjas en la creencia de que eran los mismos pilletes que volvían; pero la voz grata de Robin tranquilizólas.

Y ni que decir tiene que el paso fué franqueado á la gente de paz que solicitaba entrar. Por recelo, sin embargo, de que llegaran los mercenarios del Príncipe, la hermana tornera sólo abrió una hoja de la puerta pero como que el monje Tuck no pudo colar por ella su cuerpecito de muñeca, se abrieron las dos hojas de par en par.

La madre abadesa no sabía cómo agradecer la bella acción de Robin y sus hombres y á instancias del primero les dió su bendición.

El hermano Tuck, que oraba ante la imagen de la Virgen esculpida en el jardín de la abadía, por el éxito de los rebeldes en reconquistar la paz y su hogar, se vió requerido, después de sus rezos, por una hermana, que le preguntó señalando á Robin:

—¿No es éste el Conde de Huntingdon?

—¡No! ¡Este es Robin de los Bosques!—con-

testó, segurísimo de que decía la verdad.

—¿Robin de los Bosques?—insistió la hermana—Para la fantasía popular, tal vez, ¡pero él ha nacido Robert, Conde de Huntingdon! Yo lo conocí en la Corte.

El hermano Tuck quedóse pasmado al oír esta declaración. ¡Caranibal! ¡Eso del título conidal no se lo había dicho Robin!

La hermana prosiguió su revelación:

—Por si incurriera en error, ahí tenéis á una persona que pensando en él continuamente está:

—¿Quién es, hermana?

—Es una bella cortesana que vino á ampararse en esta abadía mientras no regrese el hombre á quien tiene entregado su corazón.

—Perdonad, hermana, corro á convencerme si vuestras suposiciones son ciertas.

Reunido con Robin, le abrazó conmovido, porque lo sabía doblemente noble, y le dijo:

—Prepárate á recibir una fuerte alegría, Conde de Huntingdon. Estos muros encierran una persona que te es muy querida.

—¿Quién es? ¡Habla, querido Tuck!

—¡Mírala!...

¡Era Lady Marian! ¿Lo de su trágica muerte era una fantasía?

Robin se arrojó á los pies de su adorada prometida y ésta, que no volvía de su asombro, sintióse renacer á la vida.



Simultáneamente, por la carretera que conducía al Castillo, apareció Sir Gisbourne. Era un presagio de mal augurio para la felicidad de los enamorados que volvían á encontrarse.

Otra monja, que también conoció al Conde, dijo al verle con su prometida, en voz alta, á la madre abadesa:

—¡Pero si está el Conde de Huntingdon con Lady Marian!

El mercenario del Príncipe, que logró escapar de las manos de Robin y sus hombres cuando tuvo lugar el encuentro con ellos, y espiaba desde lo alto de un muro oyó esta exclamación, y diligente, fué á comunicarla á sus superiores.

Robin, acariciando los sedosos cabellos de su amada, la enteró de que dentro de poco tiempo estarían organizados para atacar con éxito el Castillo, y que, por consiguiente, después podrían casarse para no separarse jamás en la vida.

Tan dulce entrevista fué interrumpida por el aviso de que llegaba gente armada.

—¡A caballo!--gritó á sus compañeros Robin— ¡Yo os sigo!

Al despedirse de Lady Marian, la dijo, rendidamente:

—Mañana al amanecer, á la hora en que cante la alondra, un mensaje os repetirá mi ardiente amor.

Los rebeldes volvieron al bosque sin más

incidente.

El testigo de la revelación de la doble personalidad de Robin de los Bosques declaraba en presencia del Príncipe:

—Robin de los Bosques no es otro que el Conde de Huntingdon. ¡Lady Marian vive todavía!

El Príncipe, violento, ordenó:

—¡Con vuestros hombres cercad á esa banda de rebeldes cueste lo que cueste, y capturad vivo á Huntingdon! Apoderaos de esa mujer y arrastradla hasta aquí. Ella debe sufrir la muerte que yo le tengo reservada.

Al amanecer, en la hora que canta la alondra, Robin mandó á su escudero á que dijese á su amada que el sol no se ocultaría tras la colina sin que él estuviera á su lado. En efecto, Robin no iba á ver á Lady Marian al despuntar la aurora, conforme se lo prometió, porque presentía que algo, como consecuencia de los acontecimientos de la víspera, debía ocurrir aquel día.

Su presencia era por lo tanto indispensable en el bosque.

Los presentimientos de Robin no fueron quimeras pues los feroces designios del Príncipe iban tomando forma con triste realidad. Un rebelde puesto de vigilancia comunicó á Robin que todas las tropas de Nottingham cercaban el bosque. Robin opinó que éste era el mo-



mento oportuno de apoderarse de la ciudad. Y dijo á los suyos allí reunidos:

—Subid todos á los árboles y coged en la trampa á los hombres del Príncipe. Yo voy á Nottingham con Scarlet y con Alan-a-Dale. Entre nosotros tres nos apoderaremos de la ciudad.

El plan fué ejecutado tal y como fué previsto por Robin.

Los mercenarios del Príncipe, en gran número, se atribuían la victoria de antemano en vista del insignificante grupo de rebeldes que les hacía frente pero fueron cazados en una de las formas más cómicas que recordemos de la historia. He aquí una explicación: el grupo de que se ha hablado fingía rendirse y como cebo atraía las miradas atentas del cazador que no se apercibió de la jugarreta que le hicieron los rebeldes encaramados en los árboles imposibilitándole cualquier movimiento ante la amenaza de lanzarle un millar de flechas encima. La derrota era vergonzosa, y el monje Tuck estaba dispuesto á bendecir al jefe de los vencidos si acaso, desesperado, quisiera suicidarse.

Mientras esto ocurría por una parte, por otra, Robin, Scarlet y Alan-a-Dale, se apoderaban de Nottingham, abandonada por la tropa, y cerraban sus puertas. Luego, astutos, á una patrulla de soldados que había descubierto el intento de asalto y los había perseguido hasta la

ciudad sin llegar á tiempo de entrar pues la puerta les fué cerrada en las mismas narices, adoptando la resolución de penetrar por la porterna que no debía estar cerrada ni vigilada, los tres jefes rebeldes, secundados por algunos ciudadanos de Nottingham, la arrojaron de cabeza en una gran balsa de agua á medida que iban pasando los soldados en fila.

El escudero del Conde Huntingdon se enteraba en este momento en la abadía del vergonzoso raptó de Lady Marian por los hombres del Príncipe. Indignado voló á informar de ello á Robin.

Entretanto, Lady Marian era sometida á durísimo cautiverio, Sir Gisbourne notificaba al Príncipe la muerte del Rey Ricardo y un misterioso extranjero, cubierto de robusta armadura, irrumpía en el bosque de Sherwood.

—Busco á Robin de los Bosques—dijo.

—¿Con qué objeto?—le preguntó el Monje Tuck.

—Quiero serle útil.

—Muy bien, mi caballero. Celebro que seáis persona de paz. Demostradnos quién sois. Haced antes las pruebas necesarias.

El desconocido no reveló quién era, prometiendo que lo haría en presencia de Robin. Se le respetó el deseo pues realizó con éxito todas las pruebas que se le impusieron, todas ellas relacionadas con la manera de luchar cuerpo



á cuerpo ó con las flechas.

Ebrio de libertad, el pueblo ensayaba en Nottingham su venganza sobre un maniquí, símbolo grotesco de la efigie del Príncipe Juan.

Robin, con sus dos amigos, participaba del jolgorio general y sólo la noticia que le llevaba su escudero, que había podido alcanzarle sin ningún contratiempo, podía arrancarle de allí:

—¡Por todos los diablos!—gritó al conocer la grave situación de su amada.—¡Yo los azotaré hasta que broten de sus cuerpos raudales de sangre. Tú, Allan-a-Dale, guarda la ciudad; tú, Scarlet, vuelve al bosque y trae á todos los hombres. Yo corro al rastrillo del castillo. ¡El Príncipe va á encontrar á su jefe!

Los mandatos de Robin eran ejecutados ciegamente y con denuedo.

En el aposento del castillo donde estaba encerrada Lady Marian ocurrían ciertas cosas desagradables. Gisbourne, que se había apoderado sigilosamente de la llave, del cinto del Príncipe, proponía á la bella cortesana la salvación á cambio de una promesa de amor. Sus ruegos y protestas de amor fueron vanos ante la inflexible negativa de Lady Marian, que todo lo prefería á la deshonra.

El vigía del castillo vió llegar á Robin de los Bosques y por su precipitación supuso que algo anormal ocurría. Alarmado, hizo subir el puen-

te levadizo para cerrarle el paso. Afortunadamente Robin era ágil y pudo agarrarse á una de las cadenas de la parte superior del puente que en su elevación lo condujo hasta una ventana por la que penetró en el castillo. Los soldados, no muy numerosos por cierto, toda vez que cercaban todos el bosque (?), intentaron detenerle y



Allan-a-Dale guarda la ciudad de Nottingham.

otra vez tuvo Robin que poner en juego su habilidad y dones acrobáticos.

Lady Marian en este momento aseguraba á Gisbourne que se arrojaría al exterior del castillo si intentaba usar de la menor violencia con-



tra ella. El miserable no la hizo caso y adelantóse hacia ella. Lady Marian hubiera realizado su intento si Robin, descubriéndola de pie sobre el borde de la amplia ventana, no se hubiese jugado la vida por ella en un salto mortal por detenerla y recibirla en sus amantes brazos.

Frente á frente Gisbourne y Robin desatóse



*...la lucha fué horrible y breve...*

la furia concentrada de los dos mayores enemigos y la lucha fué horrible y breve. ¡Robin, que era la razón, venció á Gisbourne, á quien, sin piedad, y sin remordimiento, lo suprimió de este mundo!

Pero he aquí que los mercenarios frustrados

en sus deseos de detener á Robin, derribaron la puerta del aposento en que había tenido lugar la lucha y ésta se continuó entre ellos. El trance era apurado; Robin no podía por mucho tiempo mantener á raya á un puñado de hombres armados.

De pronto se oyeron los tres toques de llama-



*...los mercenarios derribaron la puerta...*

da del cuerno, la señal de que sus hombres llegaban. Entonces tomó la resolución de rendirse, explicando antes á su amada que la victoria se aproximaba.

El Príncipe Juan satisfecho de la captura de Robin ordenó que lo trajeran inmediatamente á



su presencia vigilado por cuarenta arqueros. Cuando le tuvo cerca le dijo con cinismo:

—¡Nosotros le enseñaremos de qué bando le conviene inclinarse!

Robin le miró con compasión, irritándole. El Príncipe ordenó:

—¡Atadlo á ese poste! ¡Que muera cuando yo deje caer mi puñal!

Frente al castillo, los rebeldes, llevando á su lado á los mercenarios que apresaron en el bosque, obligaron á un arquero, sin armas desde luego, á que gritase al vigía del castillo que habían capturado á los rebeldes que conducían y que bajase el puente levadizo. El vigía cayó en la trampa pues trampa era ya que los vencedores pasaron por vencidos y los vencidos por vencedores.

El Príncipe Juan dejó caer el puñal en señal de la ejecución de Robin y los arqueros dispararon en el mismo momento que el escudo del caballero misterioso que había ido á preguntar por él en el bosque lo protegía de las flechas, y los rebeldes, con el hermano Tuck al frente, daban su merecido á los déspotas.

Robin quedó maravillado al ver que delante de sí su salvador, quitándose la armadura, se transformaba en el mismo Rey Ricardo. El noble Monarca había querido, con sus leales servidores, reconquistar su trono en peligro.



*...reunido con su amada le repetía su amor imperecedero*



El Príncipe Juan fué arrojado como un perro del castillo; el Gran Sheriff de Nottingham y el jefe de los mercenarios del Príncipe, fueron colgados y balanceados sus cuerpos en dirección opuesta para que chocasen al encontrarse hasta que no les quedáse ninguna esperanza de vida.

El Rey Ricardo volvía á reinar de nuevo con todo el esplendor de su grandeza y de su poder.

El Conde Huntingdon, que reunido con su armada le repetía su amor imperecedero, fué llamado por el Rey repetidas veces y á grandes voces que asustaron á sus alegres súbditos. Por fin aquél acudió y el Rey rogó que todos le escucharan. Se hizo el silencio.

—Hasta ahora Ricardo, rey poderoso, jamás habíase inclinado ante nadie. Pero reconociendo que he dudado sin razón de mi fiel vasallo y amigo, le pido perdón con toda mi humildad.

Era la mayor recompensa á que un noble podía aspirar.

A una discreta indicación de Robin, que había recabado el consentimiento de su amada, el Rey les dijo:

—¡Esta noche vuestro amor será santificado por el matrimonio!

Y aquella noche precisamente se casaron Lady Marian y el Conde Huntingdon, **ROBIN DE LOS BOSQUES**.

Los jóvenes esposos desearon ocultarse á los



*...pido perdón con toda humildad.*



regocijos que tenían lugar en la ocasión de tan feliz acontecimiento y se encerraron en su regio aposento cuya puerta no abrieron ni al mismo Rey que llamó en ella con la mano, con los puños y con los pies, vociferando el nombre de Huntingdon.

Y era que Huntingdon y su esposa miraban á la luna, que les sonreía...

FIN

*(Prohibida la reproducción sin mencionar procedencia)*

### Próximo número:

El emocionante drama-film

## La Verdad Desnuda

por la trágica Pina Menichelli

POSTAL-FOTOGRAFIA:

**HARRY CAREY (Cayena)**

Sale todos los miércoles

Precio 25 cts.

Talleres gráficos E. VERDAGUER MORERA  
Topete, 2 al 16 - TARRASA - Teléfono, 6007

## NÚMEROS PUBLICADOS

N.º	NOVELA	Postal-fotografía
1	No hay juegos con el amor	Douglas Fairbanks (III edic.)
2	El Valle Florido	Mary Pickford
3	Amor de madre	Charles Chaplin
4	La Virgen de las Rosas	Pearl White (Perla Blanca)
5	La culpa ajena	Antonio Moreno
6	De hombre a hombre	Priscilla Dean
7	Una mujer	Eddie Polo
8	Pesadillas y supersticiones	Mary-Douglas (extraordin.)
9	DesInterés	Francesca Bertini
10	El Hábito	Harold Lloyd
11	Jimmy Sansom, El Aventurero	Constance Talmadge
12	La primera novia	Frank Mayo
13	El Pequeño Lord Fauntleroy (1)	Marie Prevost
14	El Pequeño Lord Fauntleroy (2)	Ben Turpin
15	La Tormenta	Pina Menichelli
16	Flor de Amor	Livio Pavanelli
17	La Pantera Negra	Norma Talmadge
18	Bajo dos banderas	Tom Mix
19	Corazón de lobo	Gladys Walton
20	Sueños juveniles	Aimé Simon Girard
21	El Mundo y la Mujer	June Caprice
22	Corazones humanos	Sessne Hayakava
23	El Premio Gordo	Alice Brady
24	La Desconocida	Georges Biscot
25	Robin de los Bosques	Hesperia (extraordinario)



LA VENTA EXCLUSIVA DE  
**La Novela Semanal Cinematográfica**  
en España y América pertenece á la  
**Sociedad General Española de Librería**

Ferraz, 21 MADRID

Barbará, 16 - BARCELONA

**La Novela Semanal  
Cinematográfica**

Precios de suscripción  
(pago anticipado)

Barcelona y provincias

Año . . . . . 12 pesetas  
Semestre. . . . . 7 "

Extranjero

Año . . . . . 18 pesetas  
Semestre. . . . . 10 "

Portugal, América y Filipinas

Año . . . . . 14 pesetas  
Semestre. . . . . 8 "

Los señores suscriptores de provincias pueden efectuar los pagos por medio de Giro Postal